

que aparecen víctimas de aquel desastre; por nadie previsto, la circunstancia de preferir entonces militares valientes y entendidos á una fácil retirada un perjudicial convenio. Tal vez creían salir limpios de desdoro con asegurar sus personas y propiedades, y el reconocimiento de sus grados, si querían militar en las filas vencedoras, ó el importe de la travesía si anhelaban volver á sus hogares; y no reparaban que al rendir fortalezas de allí distantes y bien abastecidas, y poblaciones ni aun siquiera amenazadas, á continuación de lo acaecido en la refriega, autorizaban la interpretación no ilegítima, según cuyo texto el nombre de la llanura, donde hubo fin la dominación española sobre un rico y dilatado imperio, inspira la idea de un simulacro más bien que de un campo de batalla. Al intentar un bosquejo de la vida de Francisco Pizarro ha oprimido nuestra mente el triste desenlace forjado en Ayacucho al magnífico episodio con que enriqueciera nuestros anales aquel ilustre estremeño. Ya se nos alcanza que llamarnos todavía dueños de las vastas regiones por su intrepidez y arrojo descubiertas y conquistadas, después de patrocinar uno de nuestros más famosos reyes la independencia de los Estados-Unidos, y de perdida en Trafalgar nuestra armada, sería una quimera, como es un oprobio haberlas perdido sin disputar el terreno palmo á palmo, y sin adquirir ventajas para nuestras mercancías. Mas pues no hay paralelo posible entre la España del siglo XVI y la España del siglo XIX, ceguemos el raudal de estéril llanto por los presentes infortunios, á fin de remontarnos en alas del pensamiento á la brillante esfera de las pasadas glorias.

Tan luego como Cristóbal Colón ilustró los fastos de la especie humana con su inmortal descubrimiento, empezó á servir la isla Española de escala á todos los que, engolfándose en mares recientemente conocidos, iban á realizar los ensueños de su fantasía en las regiones del ocaso. Allí era el centro donde se imaginaban empresas casi fabulosas; allí el punto de partida de inclitas hazañas, de nunca oídos riesgos, de temerarias aventuras; de allí salían con opuesto rumbo Diego Velázquez á regir la Isla de Cuba, Grijalva á explorar las costas de Nueva España, Hernán Cortés á conquistar su vasto territorio, y Alonso de Ojeda á recorrer diversas playas del continente, Vasco Nuñez de Balboa á descubrir el mar del Sur y Francisco Pizarro á enseñorearse del opulento país del Cuzco. Cúpole en suerte á la provincia de Extremadura ser madre de casi todos estos esclarecidos varones. Natural el último de la ciudad de Trujillo, tuvo por padre al coronel Gonzalo Pizarro, que después de lidiar con denuedo en las guerras de Italia á las órdenes del gran Capitán, murió en el sitio de Amaya. Suponen algunos historiadores que al nacer Francisco Pizarro fue abandonado á las puertas de un templo, nutrido por una puerca y dedicado en su niñez á guardar pjaras de cerdos, hasta que habiéndosele desbandado un día temió volver á su casa y se dirigió á Sevilla con unos caminantes y de allí al Nuevo Mundo. Afirman otros que hizo sus primeros ensayos militares en las guerras de Italia y al lado del tutor de sus días, antes de trasladarse á aquel territorio magnífico teatro de sus triunfos. Convienen to-

dos en que como hijo bastardo, aunque al fin reconocido y legitimado, su educación correspondía por lo descuidada á la humilde condición de Francisca González, su madre. Cual ella oscuro vivía en las Indias Occidentales cuando dispuso Ojeda su tercer viaje á Costa Firme, autorizado para la población y gobierno del país comprendido desde la mitad del golfo de Urabá hasta el cabo Vela. No pudo fijarse en Cartagena por la ferocidad de los Indios, y resuelto á saltar en tierra fundó el pueblo de San Sebastián sobre unas colinas situadas al Este del golfo. Succumbían tristemente de hora en hora los españoles al veneno de las flechas, á los rigores del hambre y á las fatigas de un continuo desasosiego; ya desesperaban de la llegada de Enciso, sócio de la empresa por ellos acometida; y á fin de acallar los murmullos del descontento, nuncios de la rebeldía, determinó Ojeda ir en persona á buscar el socorro apetecido, encomendando, mientras durase su ausencia, la dirección y gobierno de la colonia á Francisco Pizarro, no sin prevenirle que les dejaba en libertad de seguir el rumbo que mejor les cuadrase si á los cincuenta días no estaba de vuelta. Después de muchos contratiempos arribó Ojeda á la Española, donde supo la salida de Enciso, y donde le sobrecogió la muerte antes de adquirir otras noticias acerca de su paradero. Una vez cumplido el plazo no estuvo al alcance de Francisco Pizarro reprimir los clamores de sus camaradas á fin de abandonar aquel país de desventuras; mas solo había en la costa dos buques de poco porte y no proporcionaban cabida á sesenta españoles, único resto de los doscientos que tuvo á sus órdenes Ojeda. Resignáronse en tan doloroso trance á esperar que el hambre y las flechas disminuyesen el número de los fugitivos con el fin de que lograran salvación más segura aquellos no señalados por el terrible dedo de la muerte. Cumplida bien pronto su desconsoladora esperanza se encargó Pizarro del mando de una nave y dió el de la otra á un Flamenco, que se fue á pique con todos sus compañeros, sin que pudiera auxiliarle el animoso caudillo en lo recio de una borrasca. Ni una ráfaga de viento favorable hinchó las velas de aquel pobre bastimento para tomar la vuelta de la Española, antes bien fue arrastrado á las aguas de Cartagena, desde cuyo puerto distinguió Pizarro dos bajeles, en que traía Enciso ciento cincuenta hombres escogidos y las provisiones necesarias para fundar una colonia. Usando Enciso de la autoridad de jefe impuso el mandato de volver al pueblo fundado por Ojeda, no obstante los fatales informes de las gentes de Pizarro. Renováronse muy luego los padecimientos de los españoles á consecuencia de haber chocado en un escollo el barco en que iban todas las provisiones: acaso se arrepentía ya Enciso de su imprudente pertinacia, cuando un desconocido, con quien había tenido ocasión de mostrarse generoso, hizo memoria de que en el fondo de aquel golfo había visitado con Bastida al Oeste de un caudaloso río una población pequeña, si bien abundante en viveres y habitada por Indios que no tenían costumbre de emponzoñar sus flechas. Prestando todos agradable oído á la insinuación de Balboa, cruzaron el golfo, ancho de seis leguas, y reconocieron el río del Darién tal como aquel lo había descrito.